

EL INTELLECTUAL Y LA HISTORIA: EN TORNO A LA OBRA DE RUGGIERO ROMANO

Alberto Filippi

La formación de un intelectual euroamericano¹

La experiencia inicial, la de la primera pequeña “patria” —en realidad de la “matria” como la llama con un sugerente neologismo Romano—, es decir, de aquel “mundo familiar hecho de tierra, sudor y ternura” fue, para Romano, la de Fermo y del mar Adriático, que constituía una doble “frontera” de tierra y de mar, una encrucijada y, al mismo tiempo, una línea en constante movimiento, en cuyo horizonte mutaban los hombres y las cosas². Los lugares de la primera juventud de Romano fueron las suaves colinas de los Apeninos, en la provincia de Ascoli Piceno, que descienden hacia el mar: Porto San Giorgio y San Benedetto del Tronto, los puertos más cercanos a la ciudad natal. Aquel mar que se extiende como una larguísima frontera y que desde Venecia llega hasta Puglia y la tierra de Otranto: el Adriático del norte abierto a Europa, donde un tiempo dominaba la República del León, y el Adriático del centro-sur, que ha sido a través de los siglos la puerta del Mediterráneo hacia los espacios del Oriente.

Pocos años después, Romano conocería la experiencia de Nápoles y del mar Tirreno y, no por casualidad, sus primeros escritos publicados son justamente sobre Nápoles y las relaciones con Venecia en la primera mitad del siglo XVIII, o sea, las relaciones entre el Tirreno y el Adriático y el complejo intercambio (comercial y de hombres) de napolitanos, venecianos, triestinos, franceses, alemanes,

ingleses, etc., así como también la configuración histórica de culturas desarrolladas entre el Mediterráneo oriental y la *Mittleuropa* y de las lenguas de allí, del mar de Venecia: *dalmatino* y *schiavonesco*, *grechesco*, *turchesco* y *zingaresco*, etc. Luego, aparecerán en sus intereses otras ciudades del Mediterráneo: Génova y Livorno (como sabemos, será justamente la investigación sobre las naves y las mercancías de este puerto del Tirreno, a finales de los años ‘40, que indican el comienzo de una relación que lo vinculará por cuarenta años a Braudel).

Su tercera etapa fue París. Como escribió Romano de su maestro Braudel, remarcando la importancia formativa del lugar de nacimiento y de la infancia, podemos decir del historiador marquesano que también él era un hombre de frontera. Romano, como Braudel, antes de cumplir treinta años, en 1947, se convertiría en parisino por adopción, es decir hombre de la capital, pero “conservará, para siempre, una enorme apertura hacia los problemas que tienen lugar del otro lado (de todos los otros lados) de la frontera y esto le permitirá atravesarla y superarla”³.

En los años cincuenta, conocerá nuevas líneas fronterizas: la apertura hacia un espacio, mucho más amplio y remoto, que partiendo desde Atlántico se extiende hasta la América Ibérica, la “gran frontera” que durante medio milenio ha indicado y marcado, a través de etapas sucesivas, la irrefrenable traslación del occidente europeo

hacia el occidente geográfico. En la América Ibérica serán Chile, Argentina, Uruguay, Perú y México los principales países a los que, de manera particular, “debo –tal como recordaba Romano en su *lectio doctoralis*– una parte de mi formación humana e intelectual”⁴. No es casual que haya reconocido desde el comienzo, y de un modo explícito, haber llegado a América “por la preocupación de no limitarse a medir la vida del mundo únicamente a partir de la escala que ofrece Europa”⁵. Se trataba de una nueva etapa de aquello que en una jocosa síntesis Romano ha definido como el periplo de su “educación ítalo-franco-hispano-polaca”⁶; etapa que será decisiva para la constitución de su mentalidad cosmopolita y de su aún más vasta identidad occidental. De hecho, mientras –como veremos– la idea misma de cosmopolitismo se conecta con el comportamiento de algunos humanistas del siglo XV, en el caso de Romano, y de su experiencia americana, se trata en cambio de un cosmopolitismo innovador respecto al del Renacimiento o de la Ilustración.

Me refiero al hecho, del todo singular, de que su existencia aparezca dominada por la riquísima experiencia (del más allá y del más acá) de las “fronteras”, hasta el punto de resultar fundamental en la configuración de su concepción del mundo, permeada por las consecuencias creativas de haber mantenido una relación constante con la experiencia de la duplicidad, de la dicotomía, de la alteridad que, con singular agudeza, sería capaz de interiorizar y decantar en los múltiples parejas y dualidades conceptuales en las que se podía manifestar: identidad-diferencia, amigo-enemigo, exclusión-integración, distinto-igual, yo-otros, certeza-duda, civilización-barbarie, etc. El permanente cruce (y superación) de las fronteras se convierte también en la metáfora del tránsito cognitivo a través de las tantas formas posibles del saber. En síntesis: las redes de correlaciones, constituidas por la experiencia de las fronteras (existenciales y conceptuales) podrá alcanzar aquella forma más general de referencias (casi) al infinito, o sea al “laberinto” –es más, a los laberintos de los que Romano nos ha hablado en la *lectio*– que estará presente en muchas de sus reflexiones, hasta transformarse, tematizándose, en el método mismo, reticular, laberíntico, justamente, del saber enciclopédico. Transformación conceptual que se volverá obra intelectual concreta cuando Romano piense y dirija la monumental *Enciclopedia Einaudi* editada en dieciséis volúmenes entre 1977 y 1984.

Retomando el hilo del itinerario de Romano es necesario agregar que comenzó a tener una percepción más definida de los espacios americanos justamente en París (gracias, en parte, también a Braudel que había estado en América entre 1935 y 1937). En la capital francesa comenzó para él aquella costumbre de trabajo que se había establecido ya entre los historiadores, etnógrafos, geógrafos, antropólogos, sociólogos, europeos y americanos, quienes encontraban un punto de referencia en la *École Pratique des Hautes Études*, o en el *Musée de l'homme* y que se expresaría en aquella formidable generación de estudiosos que de Paul Rivet a Georges Bataille, de Georges-Henri Rivière a Michel Leiris, de Alfred Métraux a Claude Lévi-Strauss, pondrían en el origen de su forma, innovadora y revolucionaria, de pensar –mucho antes de los meritorios trabajos de Tzvetan Todorov– el problema del otro y de la esencial “otredad” de la sociedad y de las culturas no-europeas⁷.

Romano es consciente desde entonces de que “no existe exclusivamente nuestra civilización europea y que solo una reflexión sobre esta civilización y sobre todas las otras (aquellas que son llamadas menores, salvajes o, incluso, incivilizadas) puede y debe conducirnos –concluía Romano– al relativismo de las civilizaciones: o sea, a una más exacta y válida definición de nosotros mismos, de nuestra civilización”⁸. En París, Romano, además de alcanzar por primera vez conciencia de su condición “ítalo-europea”, entró en contacto con estudiosos que, habiéndose ocupado de realidades distintas y lejanas, como la de Haití o los Andes, la selva amazónica o México, África u Oceanía, habían desarrollado una mentalidad esencialmente nueva (sin dudas post-colonial y, en muchos sentidos, anti-colonial) con relación a las muchas dimensiones sociales y culturales contemporáneas a ellos y, en consecuencia, también con relación a las distintas

disciplinas que en sus estudios acompañaban –o precedían y seguían– las disciplinas históricas.

Insistiré más adelante sobre el rol fundamental que representó el estudio de la historia iberoamericana en la configuración intelectual de Romano y en la adquisición (y verificación) de su modo de trabajar, puesto que por ambas razones América tendrá un importancia fundamental⁹. Y esto no solo por haber luchado siempre contra la arraigada tendencia a analizar las historias no-europeas partiendo (únicamente) de la perspectiva europea, sino porque el conocimiento concreto de otras historias lo pondría frente al problema –justamente metodológico– de la superación de las “especializaciones” y a la necesidad de la integración transdisciplinaria de los más diversos puntos de vista para poder conocer una determinada situación histórica. Frente a los límites del “ver” partiendo solo de fuentes europeas (refiriéndose, por ejemplo, al período colonial de la historia extraeuropea) nos había desde siempre puesto sobre el aviso de que “no hay peor observatorio que el Archivo General de Indias de Sevilla; para el siglo XIX, no existen peores observatorios que los Archivos del ministerio de Asuntos Exteriores de Francia o de Inglaterra. Mejor dicho, aquellos observatorios son estupendos para hacer historia de España o de Francia o de Inglaterra; podrán también darnos una mirada sobre la presencia de estos países en América central y meridional; podrán, finalmente, ofrecernos también elementos (pero solo elementos fragmentados) de la historia sudamericana útiles solamente si son integrados en un proceso cognitivo de estos países estudiados desde adentro”¹⁰. Pero profundicemos ahora los orígenes culturales y la peculiaridad de su cosmopolitismo.

El humanismo y la “función cosmopolita” de los intelectuales

Hace algunos años, Jacques Le Goff fue de los primeros en señalar otra línea de pensamiento esencial en la formación de Romano y que está en la base de su humanismo cosmopolita. Concepto, el del cosmopolitismo y el de la “función cosmopolita” de los intelectuales que históricamente se remonta a la larga tradición de la presencia de los italianos (o de sus obras) en Europa durante los años de la ruptura innovadora del Humanismo y el comienzo de la que conoceremos como la *République Littéraire*, integrada por una comunidad ideal en la que convivían “*les gens de lettres*” europeos, tal como lo reconocerá D’Alambert en el ensayo homónimo publicado en Ámsterdam en 1759. Presencia de los “italianos” bien conocida y decantada, por ejemplo, por un observador agudo e informado como Erasmo, que había reconocido con admiración las funciones culturales, a nivel justamente europeo, que habían tenido Lorenzo Valla, Francesco Filelfo, Poggio Bracciolini, Enea Silvio Piccolomini, Gasparino Barzizza, etc.

Podemos estar de acuerdo con Le Goff cuando destaca el rol que cumplió este particular aspecto del Humanismo en la formación de Romano, recordando cómo ésta se remonta precisamente a la lección cultural del siglo XV y a las ulteriores elaboraciones de Bruno y de Galileo, al Iluminismo napolitano (de Vico, Genovesi, Giannone, Pagano, Filangeri, hasta llegar a Croce), cuyos autores constituyen, con todas las variaciones del caso, las grandes líneas de una tradición de intelectuales que podemos denominar “cosmopolitas”¹¹.

Debemos agregar que desde siempre el cosmopolitismo se vincula con la concepción misma de los *studia humanitas* ejercitados a través del intercambio vivísimo y permanente –una constante *translatio studiorum*– entre intelectuales, artistas, filósofos y literatos más allá de todas las fronteras que entonces tenían los estados europeos. Es también cierto que en una parte del pensamiento humanista (sobre todo civil o de inspiración republicana) y de los teóricos del autogobierno comunal se había impuesto la visión del patriotismo y del amor por la “patria” como equivalente del “bien común” y de la *res publica* ciceroniana. Es útil tener presente que los escritores clásicos redescubiertos con el Renacimiento tenían muy clara la diferencia entre los valores políticos y culturales de la patria y los valores no

[...] los años de investigación en la América Ibérica serán decisivos para la definición de un método de investigación y para la comprensión de los espacios euroamericanos (que, para ser respetuosos de sus complejas especificidades, sería necesario denominar indo-euro-afro-americanos).

políticos de la nación, y es significativo que los usaran para describir los unos y los otros dos términos distintos: “patria” y “*natio*”. Tanto la “patria” como la “*natio*” instituyen lazos entre los individuos, pero el lazo que la *patria* o *res publica* instituye entre los ciudadanos es más estrecho y más digno de los de la *natio*, como escribe Cicerón en el *De officiis* (I. 17.53). La distinción antigua ayuda a comprender mejor la de los humanistas teóricos del patriotismo cosmopolita.

Por otro lado, es necesario reconocer que fueron justamente estos comportamientos de pasión virtuosa y de defensa de la libre república de los ciudadanos los que alimentaron la difusión europea de las ideas del humanismo. Ideas que, en ciertos aspectos, anticiparon las elaboradas por la aristocracia cosmopolita (del “*patriotisme européen*”) de intelectuales como Voltaire, quien al referirse a la “patria” no lo hacía respecto a una ascendencia étnica o lingüística, sino a una forma específica (no importa si monárquica o republicana) de gobierno de la ley, es decir, de aquellas instituciones jurídico-políticas que garantizaban la libertad y los derechos de los ciudadanos. Como también había escrito con sorprendente modernidad Michel de Montaigne durante su viaje a Italia: “No porque lo haya dicho Sócrates, sino porque en verdad es mi humor y por una aventura no sin excesos, estimo a todos los hombres como mis compatriotas, y abrazo a un polaco como a un francés, sujetando este lazo nacional a uno que es universal y común”¹².

El pensamiento de la Ilustración, retomando el del humanismo y el del patriotismo republicano, desarrolla algunos motivos de la concepción clásica del amor por la patria como *caritas reipublicae* y *caritas civium*. En la voz “*patrie*” de la *Encyclopédie* se lee que la misma no representa el lugar en el que hemos nacido, como lo indica la concepción “nacionalista” posterior, del siglo XIX, sino un estado libre (*état libre*) del que somos miembros y cuyas leyes protegen nuestras libertades y nuestra felicidad (*nos libertés et notre bonheur*).

Sin embargo, más que a Voltaire, considero que el cosmopolitismo de Romano remite, por su evidente analogía, al de su eminente predecesor que llevó adelante la experiencia cognitiva de los espacios americanos: Alexandre von Humboldt (tan justamente admirado por Romano y a quien citaba vinculándolo a nuestro Antonio Raimondi). El parangón no debe parecer excesivo: ambos, partiendo de situaciones históricas e itinerarios culturales distintos –las ciencias naturales, en el caso de Humboldt, y las humanas, en el de Romano– con sus investigaciones americanistas y la pasión pedagógica ejercida por décadas a ambos lados del Atlántico, han logrado alcanzar y transmitir una visión epistemológica unitaria, capaz de poner en el centro de las disciplinas del saber las muchísimas variantes de la identidad de los pueblos.

Mientras cierro estas reflexiones sobre la obra cultural de Romano, se cumple el aniversario de cuando, hace más de doscientos años, en 1799, el joven naturalista prusiano alcanzaba el puerto de Cumaná (en la Nueva Andalucía venezolana) para dar comienzo a aquel larguísimo viaje (que se prolongó por cinco años) de conocimiento de América, que aun hoy sigue siendo el mayor viaje americano por importancia y trascendencia, realizado por un europeo de la

época: desde las fuentes del río Orinoco a Colombia, de Ecuador a Perú, a Chile, a Cuba y a México, desde donde, en 1804, retornará a Europa, habiendo alcanzado una visión extraordinaria y radicalmente innovadora del continente hispanoamericano cuya herencia encontraremos –desarrollada también a través de la reflexión histórica– en la obra de Romano.

Lo que buscaba Humboldt era una síntesis de los conocimientos (del nuevo mundo y del viejo mundo) que tuviese como epicentro las coordenadas del espacio de la naturaleza y del tiempo histórico de las distintas civilizaciones, en un “encadenamiento multiforme”, como escribía él mismo –en su monumental tratado emblemáticamente titulado *Kosmos*– “de causa y efecto, dentro del cual ningún fenómeno puede ser considerado de manera aislada”¹³. Humboldt siguió ejerciendo hasta su muerte (en 1859) un rol de primerísimo plano como extraordinario “mediador” cultural entre Europa y la América hispana, reconocido especialmente por los americanos, que vieron en su persona al “descubridor científico del Nuevo Mundo” (así lo llamaba Simón Bolívar), una especie de “embajador” de las nuevas repúblicas en Europa.

De Berlín a Madrid, de Caracas a París, de Nápoles a Viena, de Ciudad de México a Londres la convincente potencia de la reflexión científica de Humboldt terminó por criticar aquella visión ideológica “negativa” y denigratoria del continente americano que algunos europeos (¡que nunca lo habían visto con sus ojos!) habían teorizado y divulgado: de Buffon a Cornelius de Pauw, de Immanuel Kant a Georg Wilhelm Friedrich Hegel¹⁴.

Pero retomemos el discurso de Le Goff. Romano, viniendo de esta tradición, bien conocida por él desde la época de los estudios históricos, filosóficos y literarios en la Universidad de Nápoles, había podido, explica Le Goff, combinar la doble herencia del Humanismo con la de la Ilustración, poniendo las bases para el logro de aquellos resultados que alcanzará en sus años de madurez y logrando expresar una “*nouvelle synthèse, comme en avaient révé autour des mathématiques et de l’art les géants de la Renaissance italienne*”. Se remontan a ese período las lecturas sobre el Renacimiento (aunque debe también considerarse su creativo encuentro con Federico Chabod) los intereses y la atención de Romano –comenta Le Goff– sobre la “interdisciplinariedad”, que se traduciría luego en una fecunda capacidad para percibir y comprender, en el sentido más auténtico de la palabra (y no ya en el sentido equivocado e ideológico con el que se utiliza en la actualidad) el concepto de “*globalité*”, más aun, según Le Goff, de “*globalité structurée*”¹⁵. Supongo que omitiendo la perplejidad que puede suscitar la falta de actualidad (solo aparente) de la comparación hecha por Le Goff entre su amigo Romano y los “*géants de la Renaissance*”, la reflexión parece por lo menos pertinente y me ha hecho pensar enseguida en una aguda observación de Gramsci.

¿Qué había dicho Gramsci? En sus polémicas consideraciones sobre el rol (considerado por él en sus distintas fases históricas) del intelectual italiano, analizando su función cosmopolita, indicaba cómo justamente en el período del Renacimiento (no casualmente definido por él como “un proceso histórico en el que se constituye



una nueva clase intelectual de alcance europeo”) ellos, es decir los intelectuales, en su modo de operar ideológico y práctico, fueron *grosso modo* divididos en dos grandes tendencias¹⁶. Una, que se desarrolló fundamentalmente en Italia y que “cumplió una función ligada al Papado y de carácter reaccionario”; otra, que operaba fuera de Italia y que desarrolló, en cambio, “una función cosmopolita progresiva”, que por muchas razones tendrá repercusión también sobre Italia misma¹⁷.

Estoy convencido de que las indicaciones gramscianas pueden constituir una clave de lectura por lo menos útil y fecunda para establecer las grandes líneas de investigación capaces de analizar no solo la obra de Romano, sino también la de tantos otros intelectuales italianos que, en otros momentos históricos y con otras motivaciones, han actuado fuera de Italia. A propósito de este complejo y articulado fenómeno de los movimientos intelectuales y de las funciones culturales que han desarrollado en América y en Europa, es necesario observar que será precipuamente el cosmopolitismo un elemento decisivo de la personalidad de Romano que lo emparenta con tantos personajes, verdadera pléyade de “italianos fuera de Italia”, que se había comenzado a estudiar –no casualmente– en el segundo, tercero y cuarto volumen de la *Storia d’Italia Einaudi* editada por él junto a Corrado Vivanti¹⁸.

Por otra parte también es cierto que el “fuera de Italia”, en el caso de Romano, no parece ciertamente comparable a las condiciones y a las expectativas de quienes emigraron o se exiliaron durante el fascismo, desde Gaetano Salvemini a Rodolfo Mondolfo, desde Piero Sraffa a Renato Treves, Lionello Venturi o Arnaldo Momigliano. Es inútil decir que al respecto se deben hacer algunas distinciones, sobre todo entre la verdadera emigración de tipo político, distinta de aquella que se hace por motivos culturales o de trabajo (como en el caso de las actuales “fugas de cerebros”) y la emigración, más o menos vieja o permanente, que ha hecho posible la difusión de la cultura italiana fuera de Italia. En una perspectiva aun más general, se trata de considerar las formas y la distinta fortuna de la difusión de la obra de aquellos intelectuales que han contribuido de manera esencial al vastísimo fenómeno de circulación de la cultura italiana fuera de Italia y, en sentido inverso, a la “traducción” (también en el sentido literal de la palabra) de obras de la cultura europea y ameri-

cana en Italia. Análisis que espera ser completado y cuyos resultados permitirán alcanzar una versión más verídica de la dimensión internacional de la cultura italiana del siglo XX en su fecundo cruce con otras culturas, y no solo en Europa¹⁹.

Los espacios americanos y las investigaciones de Romano

¡Sí, los “espacios” americanos que tanta fascinación desde los años ‘30 –y luego en sus recuerdos– ejercieron sobre la mente de Braudel! Mucho tiempo después, él recordaba América Latina “como un continente inmenso” en el que “sus habitantes se mueven en una sede humana inmensamente vasta [puesto que] el espacio es desmesurado y emborracha a los hombres”²⁰. De modo similar, en la abrumadora inmensidad natural que todo domina –recordemos, como he ya señalado, que la primera inolvidable experiencia de Braudel fuera el mismísimo Brasil– “es natural que los hombres vivan dispersos, náufragos en el espacio, que ciudades situadas a meses y meses de distancia de la metrópolis europea o de las capitales coloniales, que provincias que son a veces más grandes que Francia o Italia se gobiernen a su modo, en el pasado especialmente, a falta de algo mejor porque, sobre todo, es necesario vivir. En las Américas la “democracia americana, con su *self-government*, es también hija del espacio. Un espacio que amortigua y, al mismo tiempo, conserva todo, al menos mientras no sea dominado”²¹.

Esa formidable experiencia americana de Braudel veinte años más tarde se volverá igualmente iniciática para Romano. Tal es así que los años de investigación en la América Ibérica serán decisivos para la definición de un método de investigación y para la comprensión de los espacios euroamericanos (que, para ser respetuosos de sus complejas especificidades, sería necesario denominar *indo-euro-afro-americanos*). En el análisis histórico de la expansión del mundo moderno (¡pero también del pre-moderno!) y de sus originales transformaciones en los espacios americanos, la obra de Romano es, en varios aspectos, una excepcional elaboración que sigue, profundizándolo, el itinerario braudeliiano. Esquemmatizando: en la perspectiva de ambos –con la variante de una óptica, podríamos decir, más “americocéntrica” en el caso de Romano, que viene a integrar

Romano es consciente desde entonces de que “no existe exclusivamente nuestra civilización europea y que solo una reflexión sobre esta civilización y sobre todas las otras (aquellas que son llamadas menores, salvajes o, incluso, incivilizadas) puede y debe conducirnos –concluía Romano– al relativismo de las civilizaciones: o sea, a una más exacta y válida definición de nosotros mismos, de nuestra civilización”.

aquella prevalentemente “eurocéntrica” de Braudel– se trata de analizar el desarrollo histórico de Oriente a Occidente en sus múltiples metamorfosis, de Europa a América, del Atlántico al Pacífico, y de evaluar las irreducibles especificidades que la han convertido en una historia que resultó ser distinta respecto a la europea. En lo que se refiere al punto de vista de Braudel, él mismo lo había resumido en una serie de conferencias realizadas en 1977 en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore con las siguientes palabras: “Mi principal objetivo es verificar en qué modo las sucesivas economías-mundo de base europea, es decir construidas a través de los itinerarios de la expansión europea, explican o no los juegos del capitalismo y su difusión”²².

Será precisamente sobre el alcance de tal “explicación” y sobre la reconstrucción de los mecanismos de dicha expansión, analizada en el ámbito específico de la historia hispanoamericana que se concentrará, por medio siglo, una parte fundamental de la obra de Romano hasta el momento recogida en las cerca de dos mil páginas de sus escritos americanos.

La originalidad del enfoque de Romano en el ámbito de este proyecto inicialmente braudeliiano debe ser referida al conjunto de sus estudios americanistas, partiendo de 1957 hasta las obras de la madurez. Me parece importante tomar en consideración una de sus primeras intervenciones en las que aclaraba cómo pensaba analizar las múltiples, convergentes, relaciones euroamericanas. Romano, en la introducción a sus escritos sobre *Cuestiones de Historia Económica Latinoamericana*, publicado en Caracas por la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela en 1966, se preguntaba cuáles habían sido las razones que lo habían llevado a ocuparse de “cuestiones de la América central y meridional” y respondió que no había –más allá de las motivaciones ocasionales del primer viaje a Chile– razones particulares, excepto una fundamental: analizar también en los espacios americanos la configuración histórica de los “modelos” contemporáneos a la Europa pre-industrial, dado que la misma historia europea sería incomprensible en sus transformaciones sin tomar en consideración el rol de las economías americanas y la centralidad de la América ibérica en los procesos de industrialización, comenzando por Inglaterra. A Romano nunca le gustaron las especializaciones, mucho menos si ellas se ocupan de un determinado período cronológico o de un determinado ámbito geográfico. Nada menos convincente que esas ‘especializaciones’: en efecto, me parecen poseer –más allá de cierto nivel– una forma de rentabilidad decreciente, ya que en la medida en que el historiador se vuelve más especialista, que conoce todos los detalles, todas las minucias de los personajes o de la época que estudia, encuentra progresivamente mayores dificultades para comprenderlos verdaderamente. Dicho esto –explicaba Romano

retomando su concepto metodológico de fondo– queda siempre la posibilidad de ser un especialista: especialista de un problema. Y un problema debe abordarse en todos sus aspectos, sus diferentes facetas, sus múltiples detalles. De esta manera, yo he tenido la ambición –y la sigo teniendo– de ser un especialista del enorme problema de las condiciones del desarrollo económico antes de la Revolución Industrial, y por eso me he ocupado de múltiples aspectos de la vida económica de diferentes regiones. No me sería nada difícil hablar del hilo que entreteje todos mis trabajos anteriores con esta fundamental preocupación mía de estudiar el modelo de desarrollo en la economía de la Europa preindustrial. Pero esto no es lo que debo hacer ahora aquí, sino presentar al lector las razones que me llevaron a tratar problemas americanos. Es de lo más simple: un modelo europeo –insistía Romano– no estará jamás completo si no comprende también el hecho colonial. Por lo tanto, mis investigaciones sobre temas americanos no tienen otro sentido ni otro deseo que iluminar, lo más claramente posible, mis intereses europeos, y si mis conocimientos idiomáticos me lo permitieran me sentiría muy feliz de repetir la misma experiencia en otros países de otros continentes. [...] Con toda franqueza –concluía Romano– no creo que las especializaciones en el sentido de una cierta ‘época’, de un ‘ámbito’ o de un ‘personaje’ dado, no deban existir. Pero creo, por el contrario, que si se quiere conocer bien un problema es necesario experimentar las diferentes modalidades del fenómeno en países y períodos diversos²³.

A continuación, en la misma introducción del ‘66, Romano proponía el ejemplo del comercio inter-atlántico (América-Sevilla) de metales preciosos y de su relación con la producción y los costos comparativos (europeos y americanos) de los metales mismos. Si a finales del siglo XVIII, razonaba Romano, la producción de un marco de plata en las minas alemanas de Himmelsfürst costaba 24 francos, este dato toma otra relevancia cuando sabemos y tenemos en cuenta que en la mina mexicana de la Valenciana un marco de plata costaba “solo” 14 francos. Sin embargo, una vez establecidas estas diferencias entre “costos europeos” y “costos mexicanos” no sabremos aun demasiado sobre qué era lo que sucedía si no indagamos los motivos de tal diferencia. Al respecto, se descubre que resulta totalmente infecundo y errado emplear los principios derivados de la teoría general económica (europea) en el estudio concreto de la situación económica de un determinado sistema (americano). Por el contrario –y, según Romano, la cuestión no era para nada evidente, al menos metodológicamente– cada sistema, europeo o americano, debe ser estudiado desde adentro, según sus propias causas, sus criterios intrínsecos, y nada proveniente del exterior debe intervenir con la infundada pretensión

de “aclarar”, “explicar”, “simplificar”.

Será, por lo tanto, un aprendizaje y una decisiva clase de método la que ejercerá la experiencia ibero-americana sobre la formación de Romano, que terminará por trascender su “oficio de historiador”, justamente porque lo obligará a sobrepasar una vez más nuevas fronteras no solo “geográficas”, sobre todo aquellas representadas por las distintas disciplinas, conduciéndolo a una revisión crítica radical del rol mismo de la “especialización”²⁴. Para decirlo con sus propias palabras que, me parece, resumen de manera admirable el programa —y el sentido— de su investigación: “soy un historiador que, rechazando las especializaciones por ‘período’ o por ‘espacio’, ha preferido ocuparse de la liberación moral y material del hombre de la necesidad. También ésta, a su modo, es una especialización [...]. Pero esta ‘especialización’ —insistía Romano— me ha llevado a ver lo que sucedía en el campo de los vecinos: los economistas, los sociólogos, los estadísticos, los arqueólogos, los antropólogos”²⁵.

En suma, por un lado, la obra de Romano aparece como una singular aplicación de los “tiempos” de Braudel a sus investigaciones sobre la relación Europa-Iberoamérica²⁶ y sobre la especificidad de la historia de la América ibérica, convirtiéndose en uno de los más grandes historiadores que en este siglo se ha ocupado de un modo tan original, riguroso y durable de este tema central para la comprensión de la historia moderna contemporánea.

Por el otro, como ya he señalado, la extensión americana de sus estudios ha permitido a Romano elaborar (y verificar en su realización concreta) una concepción que contribuyó luego a reconocer como fundamental para todas las ciencias del hombre: la existencia de las *formas reticulares y a-céntricas* del saber histórico, más aun, de todas las formas del conocimiento. El análisis concreto de las dimensiones temporales en los espacios euroamericanos alcanza uno de sus resultados más representativos en dos obras que, a su vez, constituyen la síntesis de muchos años de investigación, que permiten evaluar en toda su dimensión la aplicación de la perspectiva de método que Romano ha desarrollado. Una perspectiva, repito, temporal y espacial que trasciende la grilla de interpretación (únicamente) europea de los eventos y que se convierte, por lo tanto, en una nueva perspectiva de análisis comparativo que apunta a la observación de la historia europea desde fuera de Europa.

En estas dos obras, en realidad, *histoire événementielle* y de largo plazo, consideradas en su conjunto, se cruzan en los espacios europeos y americanos y, en el caso de la segunda obra, también en los del Pacífico: se trata de *Conjonctures opposées. La crise du le XVII siècle en Europe et en Amérique Ibérique* (de 1992) y *Moneda, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México* (de 1998). En breve: en la primera obra se vincula la decadencia de España con el ascenso de la potencia inglesa a partir del siglo XVII, con las transformaciones de largo alcance de la economía europea desde comienzos del siglo XVIII y con las consiguientes relativas implicaciones que determinan la ruptura del lazo colonial en el imperio borbónico dando origen a la independencia (solo) política de los nuevos estados republicanos. En la segunda obra, explica, a través del estudio de la historia mexicana desde el siglo XVI hasta el XIX, cómo la economía “monetaria” —los pesos acuñados en oro y plata—, la economía “natural” y, en el medio, tributaria de ambas, la economía “pseudo-monetaria”, se articulan entre sí en el mercado interno y en el comercio internacional, en el vastísimo espacio del imperio español y también fuera de él: en Cantón, Macao, India, Java, Sumatra.

Analizando estos trabajos se pueden apreciar además las diferencias que distinguen los análisis de Romano de los que había realizado Braudel sobre el uso del concepto de *Weltwirtschaft* (economía-mundo) y, de manera específica, a través de la ulterior conceptualización e “historización” realizada por Immanuel Wallerstein de manera particular luego de la desaparición de Braudel, en 1985. Sobre este punto, el juicio de Romano es por lo menos crítico respecto a la relación global que los historiadores económicos han intentado establecer mediante la articulación “producción-distribución-consumo”,

cuando ésta se aplica sobre todo a los espacios extra-europeos, en este caso americanos, hispánicos y anglosajones. En un escrito de finales de los años ‘80, titulado “centro/periferia” (“una categoría historiográfica nueva, pero un hecho viejo”, escribía polémicamente Romano), se subrayaba la gran dificultad teórica, y sobre todo historiográfica, de concebir cualquier forma de “capitalismo” (de modo de producción capitalista) que se remontase al siglo XVI, como pretendía el mismo Wallerstein.

“Un capitalismo sin mercado es un capitalismo bien extraño”, afirmaba Romano, lo que justamente se volvía más evidente y verificable tanto en la historia de la edad colonial como en la republicana de la América Ibérica, hasta el siglo XX incluido. “El procedimiento seguido por Braudel (y retomado por Wallerstein) de separar capitalismo y mercado resultaba por lo menos arbitrario: ¿qué cosa sería —se preguntaba Romano— un capitalismo que se desarrollara sin una economía de mercado?”²⁷.

Partiendo de los resultados de estas investigaciones, Romano podía sostener que no existía una correlación vinculante (en verdad, probablemente no existía vinculación alguna) entre los movimientos de los precios de una serie completa de productos en Europa, en América meridional y central, en China, en Japón y en India: a movimientos de largo plazo de alzas de precios (o de estancamiento) en Europa *no* correspondían movimientos similares en los espacios extra-europeos; por el contrario, se observaban movimientos opuestos. “Una confirmación, por lo tanto, bastante significativa que permite sostener que la formación de una economía-mundo no aparece en el curso de los siglos XVI y XVII. Pero el verdadero límite del planteo del problema tal como ha sido afrontado por Braudel y afinado por Wallerstein, me parece —insistía Romano— que tiene que ser visto en el hecho que razonan siempre en términos de ‘comercio’ y nunca en términos de ‘producción’. Vale decir que su atención se ha concentrado sobre un aspecto del problema, descuidando por completo otro fundamental: el de la producción. Porque, en el fondo —concluía Romano— la verdadera cuestión es la siguiente: ¿se puede hablar de una relación centro/periferia (y de la paralela formación de una ‘economía-mundo’) cuando se controla solo el movimiento de los tráficos internacionales y no se controla (es decir, no se determina) la producción?”²⁸.

Se vuelve a ratificar la especificidad (en este caso) americana de la “producción”. Tema romaniano de fondo, con el que concluye el apenas citado ensayo sobre las *Conjonctures opposées* insistiendo sobre la condición determinante:

que el punto principal de la vida económica estaba constituido por el factor de producción y no por la distribución. Es el complejo de la producción lo que cuenta y no la parte comercializada. [...] Si se quiere comprender algo de la vida económica de un continente como el americano, es necesario verlo desde adentro y no examinarlo desde el observatorio europeo. Es la razón —agregaba Romano— por la cual no creo en la ‘economía-mundo’, porque ésta, por cómo ha sido teorizada por Wallerstein, Braudel y otros, está demasiado fundada sobre el comercio exterior, la banca, los problemas monetarios, para poder dar una idea del conjunto de la economía-mundo [...]. Lo que cuenta, en cambio, es el hecho de saber, por ejemplo, qué representa la presencia de embarcaciones europeas en los nuevos mundos (como América y Asia) para el conjunto de la economía de estos continentes. No pretendo responder —concluía Romano— por lo que corresponde al caso de Asia, pero en lo que se refiere a América, seré categórico: casi nada. El impacto de las embarcaciones españolas, francesas, inglesas, holandesas es casi nulo en las estructuras profundas americanas²⁹.

Esta posición teórica y historiográfica le ha permitido a Romano comprender mejor que muchos otros las relaciones entre Europa y América y la peculiaridad sustancial de las formaciones económico-sociales iberoamericanas, irreducibles, hemos dicho, a las europeas o angloamericanas. Por esta razón, por ejemplo, en la medida en la que

el elemento decisivo es el factor “producción”, el efecto determinante, como había ya observado Adam Smith (en el libro cuarto, “De los sistemas de economía política” de su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*³⁰), de la importación del oro y la plata americanas en Europa se manifestó ya no en España, sino en Inglaterra (y en parte en Holanda), donde se dio justamente tal proceso de producción. “Por esto será (solo) Inglaterra la que, a partir del siglo XVII, inundará la América Ibérica de sus productos. No se trata entonces de sostener la existencia de capitalismo genérico sino de comprender los mecanismos que han hecho posible la consolidación y la extensión de los procesos productivos”³¹.

Romano retoma (en un ensayo de algunos años después) esta cuestión decisiva recordando que nos encontramos (en el impacto en Europa de la economía iberoamericana) frente a sistemas de explotación bastante distintos unos de otros: pesado, obstruccionista, el español; apenas más liviano, el portugués; muy fluidos, el inglés y el holandés. De todo esto se encontrará una contraprueba en el siguiente hecho: frente a la crisis atravesada por España, la América hispánica atraviesa, en cambio, aquella que ha sido llamada como una “coyuntura opuesta”, vale decir que, aun existiendo la situación de control colonial, hay señales de autonomía política y administrativa, una capacidad de crecimiento económico más libre de las interferencias del centralismo de Madrid. “Si se observan en contraposición España y su imperio americano se recuerda espontáneamente el refrán: *mors tua vita mea*. Durante los tres siglos —concluye Romano— de dominio español es, por ejemplo, ciertamente en el XVII que América logra conservar para sí una mayor cantidad de metales preciosos extraídos de sus minas”³². Pero el problema, volvemos a recordarlo, no radicaba en la riqueza (y en su comercio) sino más bien en la producción. En síntesis, el gran cambio en Europa no estuvo determinado tanto por “la revolución comercial” sino más bien por aquella productiva, es decir, la de la producción industrial, que llevará a Inglaterra a dominar no solo el sistema mercantil sino a convertirse también en la “fábrica del mundo”. Finalmente, es evidente que para la configuración histórica de la América ibérica contemporánea —y para su comprensión— las consecuencias de estas transformaciones opuestas serán decisivas.

Naturalmente este largo (aunque parcial) discurso sobre el pensamiento del historiador Romano y sobre la centralidad en sus análisis de las relaciones euroamericanas para la configuración histórica de la América ibérica (y, a la inversa, también de la Europa de los últimos cinco siglos) evidencia una continuidad de fondo que es importante subrayar asimismo para comprender las implicaciones, digamos políticas, que se han derivado de las posiciones de Romano y que, en algunos casos, él mismo ha defendido, partiendo de la enseñanza derivada de sus investigaciones. Si releemos de hecho los ensayos compilados en el ya citado volumen *Cuestiones de historia económica latinoamericana* (especialmente el segundo capítulo: “Hispanoamérica en el Siglo XVII”) constatamos rápidamente en qué medida —y hasta que punto— justamente en aquellos años ‘60, el análisis perspicaz e informado de Romano iba contra la corriente; chocaba entonces contra dos mitos fuertemente ideológicos, que comenzaban a imponerse en la inteligencia latinoamericana y que se consolidarían poco después con la explosión del neo-marxismo tercermundista bajo la forma del “guevarismo” a la europea.

Me refiero, en primer lugar, al mito del “capitalismo del subdesarrollo”, según el cual la América ibérica, desde los orígenes de la historia colonial, fue penetrada y dominada por el capitalismo europeo; segundo, al mito, por entonces bastante difundido en los ambientes académicos entre los teóricos del “desarrollismo” y del “cepalismo”, de las “burguesías nacionales” (cuya existencia, sostenían, se remontaba al siglo XIX) que se transformarían en “burguesías de estado”.

Es curioso notar cómo una concepción similar, originada en la Tercera Internacional, del rol hipotético de la “burguesía nacional”, ha tenido una influencia decisiva (negativa) sobre la formación de

los cliché que han pretendido reducir, una vez más, la realidad iberoamericana a esquemas europeos; esquemas ideológicos aplicados también por aquellas fuerzas (de inspiración “social cristiana” o “social democrata”) que, en el plano político, habían declarado su buena intención de combatir y superar la tradición teórico-política comunista continental³³.

Será durante los mismos años ‘60 y ‘70 cuando —recordaba Romano— “había frecuentado mucho la América ibérica: de la Argentina a Guatemala, de Perú a Venezuela. Encontraba colegas universitarios, estudiantes, periodistas, frailes (sobre todo dominicos), sacerdotes (jesuitas, en particular) que, aun sin estar directamente involucrados en movimientos revolucionarios, buscaban comprender sus razones. Encontraba también algunos de mis ex-alumnos que, una vez que retornaban desde Europa a sus países, entraban en la guerrilla o, al menos, la apoyaba. Tuve mucha simpatía por el esfuerzo que todos desplegaban en distintas formas: podía —recuerda Romano— no estar de acuerdo con la ideología de base que animaba a muchos de ellos, pero entendía bien que en sociedades totalmente bloqueadas, como las de América Central o del Sur de aquellos años, la única palabra posible era por entonces la del fusil”³⁴. Años, entonces, en los que Romano vivió con particular atención incluso en la consideración de los aspectos políticos de la historia latinoamericana —especialmente en la formación de otro mito poderoso (el último y el más célebre en Europa): el de la figura del comandante Ernesto Guevara, hasta el punto que pensó, con materiales que había recogido, escribir un libro cuyo título había ya elegido: *Los años de la guerrilla*.

¿Cómo fue aplicada —se preguntaba Romano—, por ejemplo en Venezuela, la práctica de la guerrilla concebida a través de la “teoría del foco”, que, sin embargo, era sustancialmente distinta a la que habían aplicado Fidel Castro y los castristas cuando hicieron la revolución cubana? ¿Cómo había surgido un mito como el del “Che Guevara”, cuyo uso político distorsionaba ulteriormente la observación de la realidad concreta (entre otras, aquella de Bolivia, donde murió)? Sobre estos puntos Romano no estaba de acuerdo con la visión teórica de los guerrilleros y con la concepción que más allá del viejo eslogan “patria o muerte” se resumía en la doble falacia disyuntiva tan decantada en Europa: “revolución o imperialismo” y “socialismo o barbarie”³⁵.

El conocimiento histórico de la formación de las sociedades hispanoamericanas, de su dinámica conflictiva generada por las relaciones (de “producción” y “distribución”) entre capitalismo internacional (de las corporaciones multinacionales) y formas internas pre-capitalistas (o aun no capitalistas), entre centros urbanos y el campo, entre relaciones de intercambio típicas de la economía monetaria y aquellas, en cambio, de la economía natural o informal, permitía a Romano penetrar (con mayor agudeza que aquellos que imitaban modelos histórico-políticos europeos o angloamericanos³⁶) la especificidad de la América ibérica de mitad de siglo “totalmente bloqueada” frente a la modernidad liberal-democrática: o sea, estructuralmente incapaz de generar desarrollo económico-social a pesar de ser productora, según los ciclos de crecimiento cuantitativo.

En aquellos años, algunos (por ejemplo, André Gunder Frank) habían observado —expresando un juicio que pretendía ser negativo— que el análisis de Romano era “solo” académico, contra aquello que decían algunos intelectuales “guevaristas”, trotskistas y de la extrema izquierda latinoamericana³⁷.

Es cierto que, cuarenta años después, los acontecimientos (¿podemos no llamarlos históricos?) han terminado por dar razón al profesor Romano. Se ha demostrado así, una vez más, la utilidad del ejercicio de la ética de la responsabilidad intelectual (para decirlo con Weber) implícita en los análisis realizados con un buen fundamento histórico, bastante más cercanos a la realidad aunque lentos para imponerse, respecto a los que fueron impuestos con fuerte, o fortísimo, fundamento “solo” ideológico.

“[...] considero que un intelectual debe contribuir a la toma de conciencia: hacer conocer –en todos los niveles– cuál es el estado de desarrollo del saber y contribuir a su avance. Todo esto presupone una única condición: ser libre. Libre con relación al poder, para no transformarse en funcionario del consenso”.

Cultura y política: una relación peligrosa

Retomando el discurso sobre el Romano intelectual, creo poder decir que si por un lado la dimensión cosmopolita ha caracterizado su intransigente libertad de pensamiento –no por casualidad la tradición libertina europea es otro componente de su formación–, por el otro, su “transnacionalismo” no le ha impedido jamás tomar posición ejercitando, de hecho, aquel rol crítico indispensable frente al poder, sin disimular nunca la necesidad de la autonomía de la cultura frente a la política.

Para evaluar en qué medida la práctica de su compromiso (en Europa y en América) ha sido una contra corriente vale recordar las reflexiones de Romano en las ya citadas notas autobiográficas en las que veinte años atrás, y con lúcida *vis polemica*, hacía un balance de la cuestión:

¿Cuál es en la actualidad –se preguntaba Romano– el rol de un intelectual (no digo solo de un historiador)? Sobre este problema he escuchado una serie de propuestas que me han parecido bastante confusas (*fumeuses*), por no decir fantasiosas (*fumistes*): ‘compromiso’, ‘liberación’, ‘participación en la lucha’, ‘contribución con el avance de la revolución’ y así sucesivamente. De manera más sencilla, considero que un intelectual debe contribuir a la toma de conciencia: hacer conocer –en todos los niveles– cuál es el estado de desarrollo del saber y contribuir a su avance. Todo esto presupone una única condición: ser libre. Libre con relación al poder, para no transformarse en funcionario del consenso. Pero libre también con relación a la oposición (sobre todo cuando esta accede al poder o se acerca a él). Para mí es claro, evidente –señalaba Romano– que el intelectual como el artista y como todo creador (en esto soy perfectamente inmodesto) no puede trabajar más que con una total independencia –concluía Romano– que no será jamás compatible con las reglas del poder (encierro en esta palabra a aquellos que lo tienen y a quienes aspiran a tenerlo, puesto que su funcionamiento es de hecho el mismo, como sus objetivos son casi idénticos); un trabajo que tendrá sentido porque otros al costado participan y los apoyan³⁸.

En este mismo horizonte cultural y metodológico fue concebida por Romano y Vivanti la ya citada *Storia d'Italia* que elaboraron para el editor Giulio Einaudi. La *Storia* fue concebida desde una tradición cultural que ambos autores interpretaban y resumían de la siguiente manera:

Partimos de múltiples experiencias: ciertamente la de las *Annales* ha sido para nosotros –como para tantos en el mundo– bastante importante; pero también ha contado la de *Past and Present*, la revista inglesa que surgió hace aproximadamente treinta años de un grupo de historiadores inspirados en un marxismo ya por entonces libre de esquemas dogmáticos, dedicada a investigaciones originales de historia social; habíamos podido apreciar también los métodos interdisciplinarios del Instituto Warburg, mientras que los estudios promovidos por el Instituto para la Cultura Material de la Academia de las Ciencias polaco

nos había indicado cómo la profundización de aspectos y fenómenos de la vida cotidiana del pasado avanzaba en la dirección estimulante de la antropología y de la etnohistoria, hacia la que llevaban también las lecturas de Frazer, Propp y, en general, de autores que, de Malinowski a Lévi-Strauss, el esfuerzo editorial de la Casa Einaudi, por mérito sobre todo de alguien como Cesare Pavese o como Elio Vittorini, había contribuido a introducir en la cultura italiana. Nos guiaba el recuerdo de la enseñanza de Chabod, de Luzzatto, de Cantimori, la lección de Febvre, de Hamilton, de Labrousse, de Braudel, todos estudiosos entre los más abiertos a la cultura libre de especializaciones y de etiquetas, curiosos de todas las experiencias, dueños de una erudición viva, difícilmente igualada. Así –concluían Romano y Vivanti– llegamos, con una cierta dosis de ideas y de técnicas, a implantar un proyecto de historia italiana. Faltaba solo darle un marco, y en este sentido el de Gramsci nos pareció el más adecuado, no tanto por responder al modo de pensar de los coordinadores de la obra sino porque parecía el más dúctil y, al mismo tiempo, elocuente, generado por un marxismo sano y vivo, el único sobre el cual puede fundarse el marxismo del mañana³⁹.

El mismo año Romano subrayaba una vez más la ubicación de la *Storia* en el ámbito de la tradición italiana y turinesa (de cultura gramsciana, en particular) tal como se había configurado en el período de la “República nacida de la Resistencia”. El de Gramsci –observaba Romano– era un “pensamiento historiográfico de inmensa riqueza” atravesado por la conciencia del “problema político” que dominaba la historia moderna italiana. Como sabemos, el análisis de esta temática será desarrollado por Gramsci en el ámbito de la historia italiana siguiendo “dos grandes líneas: la relación ciudad-campo, por un lado, y el significado histórico y cultural del Humanismo, del Renacimiento. Fue a partir de aquí –recordaba Romano– que Gramsci había establecido los puntos de partida de la sucesiva historiografía (y que influenciaría, indirectamente, toda la historiografía italiana)”⁴⁰. En resumen, y como lo reconoce implícitamente el mismo Romano, él influenciaría también la *Storia d'Italia* de Einaudi, la cual, a su vez y consecuentemente, entraría rápidamente en la historia de la historiografía italiana.

La posición de Romano sobre la relación entre cultura y política fue mantenida por él con ejemplar coherencia hasta su período final, en tiempos cada vez más dominados por la ideología mediática y la extensión de los “poderes ocultos” e “invisibles”. “Un intelectual debería siempre estar en la oposición”, exclamaba Romano escribiendo en memoria de nuestro común amigo León Sigal, prematuramente desaparecido en 1997. E insistía: “debería estar en la oposición y nunca ser un funcionario del consenso. Ni del consenso político, ni del académico, ni del socio-mundano, ni finalmente y –mucho menos aun– del de los medios de comunicación. Quiero decir –explicaba Romano– que un intelectual puede aun servirse de estos últimos, pero solo para una causa que considere (personal, profunda y sinceramente) que está poniendo en juego su reputación, que ha alcanzado con laboriosidad. Pero hacer lo contrario –ponerse al servicio de los medios de comunicación para aumentar la propia reputación– es

“Se es más revolucionario creando una nueva historiografía que invierte los teoremas de la historiografía tradicional, que hablando, tradicionalmente, de revoluciones, proletarios, de pobrezas [...]”.

indigno del nombre y de la función del intelectual”⁴¹.

Con referencia a la personalidad de Romano y a la compleja e íntima relación entre el historiador y el intelectual, no vacilo en afirmar que su presencia en el ámbito de la cultura de la izquierda liberal y democrática europea no ha tenido que esperar el profético anuncio de la caída del muro de Berlín o de la masacre de Tiananmen para saber distinguir entre Marx y los “marxismos indecentes”, como él los llama para diferenciarlos (no solo conceptualmente) del “marxismo decente” de los Labriola, Gramsci o José Carlos Mariátegui.

A su neto rechazo al stalinismo desde los años de la posguerra, siguió una oposición, no menos radical, crítica de aquel “marxismo monolítico” que había vuelto indigerible –además de incomprendible– el pensamiento mismo de Marx, aquel “*personnage encombrant*” al que, sin embargo, Romano confesaba haber dedicado no pocos años de estudio, para llegar a conclusiones incluso metodológicas que en los años sucesivos orientarían sus investigaciones, en Europa y en América.

Sin ningún tipo de orgullo (por otra parte, no hay de qué sentirse orgulloso) puedo decir que he leído todo Marx (y todo Engels), incluida la correspondencia. Esta lectura la había hecho a comienzos de los años ‘50 porque estaba cansado de escuchar a un mundo de pretendidos marxistas (los más folclóricos eran seguramente los franceses, presumidos lectores de *El Capital* –¿pero cuántos habían hecho el esfuerzo luego del primer libro?– en la traducción de Le Roy). Pero yo no salí fascinado. La conclusión que había alcanzado –observaba confirmando su postura metodológica Romano– era que seguramente el marco marxista era extraordinario: con ella uno podía abordar (no diría interpretar) la historia del mundo europeo y de Medio Oriente durante 4-5 milenios. Lo que no está nada mal. Pero esto es todo: el resto del mundo, de América a India, la China, África –advertía Romano– escapa completamente al marco marxista. Esta es la razón por la cual, en mis enseñanzas, siempre advertí a mis estudiantes de América Central y Meridional: que no crean en la existencia de un modelo historiográfico válido siempre y en todas partes; que inventen, construyan sus modelos de interpretación, modelos que se adecuen a la realidad de sus países, de su historia. Creo –concluía Romano– sin falsa modestia (por el contrario, con mucho orgullo), que en esto consiste lo esencial de mi enseñanza [...]⁴².

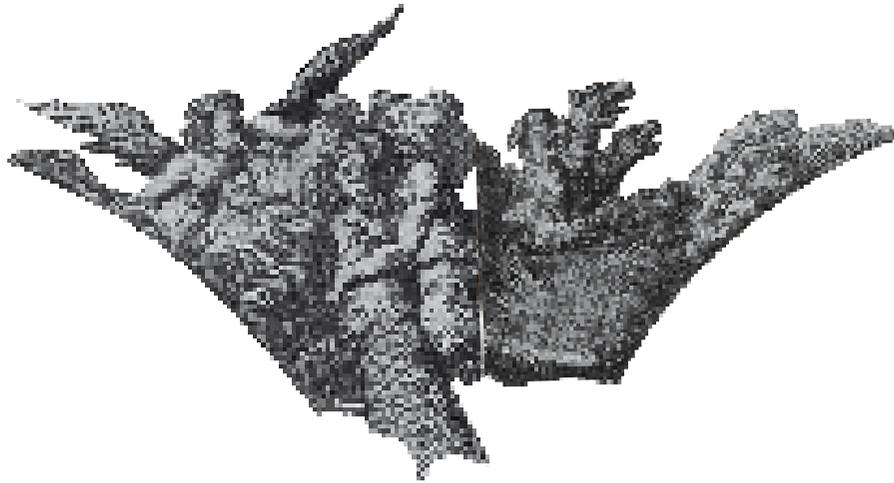
Consideraciones estas de Romano para relacionar con la situación italiana, luego de 1968, cuando constató que no era cierto que de parte de los historiadores se estuviese iniciando un tipo de historiografía no “civil” por no estar “comprometida”. Por el contrario, si compromiso en historia debe significar lo que dice alegremente mi amigo y colega Pierre Chesnaux, estoy totalmente en desacuerdo. No se hace la revolución porque se hable de revolución. Justamente: ‘se habla’ y no ‘se hace’. Y el compromiso –continúa diciendo– debe servir a la acción. En otras palabras: puede existir un compromiso directo o un compromiso indirecto. Deben convencerse entonces –continuaba Romano– los historiadores italianos que su justísimo anhelo de una participación en las luchas para cambiar nuestro pútrido mundo puede hacerse

también (y mejor) participando en los novísimos esfuerzos. Se es más revolucionario creando una nueva historiografía que invierte los teoremas de la historiografía tradicional, que hablando, tradicionalmente, de revoluciones, proletarios, de pobrezas [...]⁴³.

Además, contra las interpretaciones superficiales de la relación de Romano con el pensamiento de Marx y de la obra misma de Romano (o la de Marx), se debe subrayar que a cada tipo de producción social y material de los hombres corresponden típicas manifestaciones de vida cultural y precisas dinámicas sociales. Romano siempre ha buscado –moviéndose dentro de distintos contextos propios de las historiografías francesa e italiana⁴⁴– evitar, superándolo, el peligro, que pesa sobre gran parte de la historiografía del siglo XX, de caer en la deformación determinista del economicismo, logrando así desarrollar un análisis que tuviera en cuenta la multiplicidad concreta de las situaciones, de sus contextos y distintos puntos de observación desde los cuales avanzar en su comprensión. Se ha sabido así recurrir al uso de las distintas disciplinas, integrándolas entre sí: la historia económica y la de las ideas, la geografía y la sociología, la historia de las instituciones y la antropología, la historia del arte o la lingüística. Aun más: la historia del presente y del pasado, la historia europea (del centro) y no europea (de las periferias): “historia total”, “historia global”, “gran historia”.

A propósito de la América Ibérica –y para concluir– dejo una vez más la palabra al maestro. “Entonces: creo en la gran historia porque estoy convencido de que sin ella no es posible ninguna historia. Ahora, me parece –y para mí se trata de una verdad difícilmente discutible– que es sobre todo a través de la historia económica que es posible alcanzar la gran historia, la historia total, la síntesis histórica. Preciso una vez más que por historia total, gran historia, gran síntesis, no entiendo las historias universales, sino las obras de amplio alcance y de profundidad analítica”. Y agregaba Romano: al menos durante este siglo, “ha sido el Pirenne de la historia económica el que nos ha dado las grandes páginas sobre la cultura de Flandes; y el Marc Bloch de la historia económica que pasa a los *Rois thaumaturges*⁴⁵; y el Braudel de la historia económica el que traza el gran fresco de la civilización italiana del siglo XV al XVIII”⁴⁶.

Comprensión de la historia, entonces, como superación de las distintas tendencias deterministas del positivismo y del idealismo historiográfico, en el ámbito de una interpretación del pensamiento de Marx –y de negación crítica del marxismo de la *vulgata*– que en Italia, además de Labriola, había preconizado Gramsci y, en América del Sur, Mariátegui. No puedo aquí retomar este tema tan central en Romano. Quiero solo indicar que para Gramsci la enseñanza de Marx (“que ha previsto lo previsible”, como advertía desde el notable artículo escrito luego de la Revolución de octubre, “La revolución contra el Capital”), si no es deformada y reducida “a afirmaciones dogmáticas e indiscutibles, asume siempre como máximo actor de la historia no los hechos económicos, brutos, sino el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se acercan entre ellos, se entienden entre ellos, desarrollan a través de estos contactos una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, y los juzgan y los adecuan a su voluntad, hasta que ésta –concluía Gramsci– se convierte en el motor de la economía, el molde de la



realidad objetiva que vive, y se mueve y adquiere carácter de materia telúrica en ebullición, que puede ser canalizada donde la voluntad quiera, y como a ella le plazca”⁴⁷.

Todo lo dicho se refiere al empleo de la “modelística histórica” para la comprensión del pasado de la historia italiana o iberoamericana. ¿Y hoy? Contra aquellos que se esconden detrás del eclipse de la memoria, y contra la mitificación celebrativa del presente, el

racionalismo *ben temperato* de Romano nos recuerda que si “el oficio del historiador es difícil para lo que se refiere al pasado, este se vuelve imposible si se pasa al futuro: el hoy, de hecho, en términos de “modelo”, no es otra cosa que el mañana”⁴⁸. Por todo ello –y por otras razones personales que no cabe decir aquí– la presencia, crítica y fecunda, de la obra de Romano, sigue vigente entre el Mediterráneo, Europa y su amada América.

Notas

¹ Versión especialmente revisada y actualizada por el autor para *Puente@Europa* de un original publicado en Alberto Filippi (ed.), *Ruggiero Romano, l'Italia, l'Europa, l'America*, Camerino, Colección del Istituto di Studi Storico-giuridici, filosofici e politici de la Università di Camerino, Centro Audiovisivi e Stampa, 2000. Se trata de una serie de estudios y contribuciones escritas en ocasión de la *laurea honoris causa* que la universidad otorgó en 1998 al profesor Romano.

² Ruggiero Romano, *Braudel e noi. Riflessioni sulla cultura storica del nostro tempo*, Roma, Donzelli, 1995, p. 3. Sobre la primera experiencia de la “patria”, Romano (remitiéndose en el uso de la denominación al historiador mejicano Luis Gonzáles y Gonzáles) sostiene con razón que en lugar de historia “patria” se debería hablar de historia “matría”, distinción que, por otra parte, “es mucho más seria que lo que el simple juego de palabras pueda hacer creer”. R. Romano, “Storia locale-storia generale”, en Aldo Mola (ed.), *Mezzo secolo di studi cuneesi*, Atti del Convegno, 6-7- ottobre 1979, Cuneo, Società per gli Studi Storici di Cuneo, 1981, pp. 21-23.

³ *Ibid.*

⁴ R. Romano, “La Memoria e i Modelli”, *lectio doctoralis* (mayo 1998), en A. Filippi (ed.), *Ruggiero Romano, l'Italia, l'Europa, l'America*, *cit.*

⁵ R. Romano, “Une économie coloniale: le Chili au XVIIIe siècle”, en *Annales*, Vol. XV, 1960, p. 259.

⁶ R. Romano, *Europa e altri saggi di storia*, Roma, Donzelli, 1996, p. 163.

⁷ El caso de Lévi-Strauss es significativo: entre 1934 y 1939 enseñó sociología en la Universidad de San Pablo, en Brasil, y durante aquel período realizará dos expediciones etnográficas en Mato Grosso y en

Amazonia cuyos resultados darán origen a textos fundamentales para la antropología contemporánea.

⁸ R. Romano, “Introduzione”, en Alfred Métraux, *Gli Inca*, Torino, Einaudi 1969, pp. VII-XXIII.

⁹ Desde una primera publicación específica, sobre “Une économie coloniale: le Chili au XVIIIe siècle”, aparecida en *Annales*, n.15, 1960, hasta *America Latina. Elementi e meccanismi del sistema economico coloniale (secoli XVI-XVIII)*, publicado después de la muerte del maestro en París (en enero 2002), en la edición italiana de 2007 (Torino, UTET).

¹⁰ R. Romano, *Tra storici ed economisti*, Torino, Einaudi, 1982, p. 93.

¹¹ No es para nada casual que el Renacimiento fuera un tema central en las investigaciones de Romano (que, en parte, culminarán con un ensayo que quedó incompleto en el que había trabajado junto a Lucien Febvre). En sus obras sobre este tema, debemos recordar los capítulos sobre la cultura y los intelectuales en el volumen *Tra due crisi: l'Italia del Rinascimento*, Torino, Einaudi, 1971; la edición crítica (editada junto a Alberto Tenenti) de *I libri della famiglia* de Leon Battista Alberti (Torino, Einaudi, 1969) y del *Galateo* de Giovanni Della Casa (Torino, Einaudi, 1975), además de las doscientas páginas del volumen escrito en colaboración con Alberto Tenenti, *Il Rinascimento e la Riforma (1378-1598)*, Torino, Einaudi, 1972.

¹² Citado por Antoni Maczak, *Viaggi e viaggiatori nell'Europa moderna*, Roma-Bari, Laterza, 1994, p. 411. Sobre este aspecto de la modernidad europea y cosmopolita de Voltaire, ver René Pomeau, *L'Europe des lumières: cosmopolitisme et unité européenne au XVIIIe siècle*, Paris, Hachette, 1966. Sobre la tradición europea de la

République littéraire y sobre la singular posición de Romano dentro de esta tradición de la identidad europea (y en su extensión euro-occidental) de la que, sin embargo, es un fuerte desmitificador y crítico, recomiendo su agudo ensayo “Dubbi e certezze sull’identità europea”, que constituye el primer capítulo del volumen ya citado de R. Romano, *Europa e altri saggi di storia*.

¹³ Para ulteriores análisis recomiendo el trabajo todavía fundamental de Charles Minguet, *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española (1799-1804)*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1985 (2 vols.). Ver también, Claudio Greppi, “Alexander von Humboldt e l’invenzione del Nuovo Mondo”, en Corrado Malandrino, *Politica, scienze e cosmopolitismo: Alexander e Wilhelm von Humboldt*, Milano, Franco Angeli, 1997; Leopoldo Zea, “Humboldt y el otro descubrimiento”, en L. Zea y Mario Magallón, *Humboldt en México*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1999.

¹⁴ Sobre la “calumnia” europea y la visión ideológica negativa del continente americano sigue siendo indispensable la lectura de Antonello Gerbi, *La Disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica*, Milano-Napoli, Ricciardi, 1956.

¹⁵ Jacques Le Goff, “Ruggiero Romano, ou le voyage au centre par tout l’extérieur”, en *Ruggiero Romano aux pays de l’histoire et des sciences humaines. Etudes publiées à l’occasion de son 60° anniversaire*, Genève, Droz, 1983, p. 197.

¹⁶ Los aspectos “reaccionarios” los analiza en los Cuadernos Octavo y Doceavo escritos entre 1929 y 1936, “Apuntes y notas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales italianos”, parcialmente recogidos en *Letteratura e vita nazionale* (1950) (según la edición Einaudi publicada a partir de 1948 y no la edición filológica de 1975 a cargo de Valentino Gerratana). La otra categoría de intelectuales, que Gramsci llamaba “cosmopolitas”, provenía precisamente de la tradición del Humanismo y (“con una función cosmopolita progresiva”) que Gramsci analiza en las páginas dedicadas a “Riforma e Rinascimento” en *Il Risorgimento*, Torino, Einaudi, 1949, pp. 14 y siguientes.

¹⁷ A propósito de la cultura italiana que se extiende por toda Europa, constituyendo una vastísima red intelectual que se extiende de Lisboa hasta Uppsala, de Edimburgo a Rotterdam, de París a Cracovia, la observación de Gramsci ha sido confirmada por numerosas investigaciones, entre las que se pueden citar las de Paul Oskar Kristeller. No por casualidad sobre la difusión y circulación de las ideas, tuvo un peso decisivo, además de las cortes, los cenáculos, las academias, las universidades, también y, sobre todo, el libro, la sensacional novedad de aquel período; así como tuvo un peso extraordinario una lengua: el latín, el instrumento de comunicación entre las élites europeas de los movimientos intelectuales cosmopolitas. Nótese que de las cerca de 35.000 ediciones de los casi veinte millones de ejemplares circulantes hasta finales del siglo XVI, más del 70% de las obras impresas eran en latín. Ver Christian Bec, “Il Rinascimento come problema”, en R. Romano (dir.), *Storia d’Italia Bompiani*, vol. 4, Milano, Bompiani, 1989. La alusión a Paul Oskar Kristeller se refiere a su ensayo “Changing views of the Intellectual History of the Renaissance since Jacob Burckardt”, en Tinsley Helton (ed.), *The Renaissance. A reconsideration of the theories and interpretations of the Age*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1964, pp. 29-30. De Kristeller véase también *El pensamiento renacentista*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.

¹⁸ Proyectada y dirigida por Romano y Vivanti, la *Storia d’Italia* fue publicada por Einaudi entre 1972 y 1976 en seis volúmenes y diez tomos.

¹⁹ He tratado el tema de la circulación de las ideas fuera de Italia (que todavía no ha sido indagado con la profundidad que le corresponde) en ocasión del estudio de la difusión del pensamiento de Norberto Bobbio en el ensayo *La filosofía de Bobbio en América Latina y España*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

²⁰ Fernand Braudel, *Il Mondo attuale*, Vol. II, *Le civiltà europee*, Torino, Einaudi, 1966, p. 487.

²¹ *Ibidem*, pp. 489-490. Debe considerarse que ya Braudel había tomado en cuenta América en la visión planetaria elaborada en las más de mil quinientas páginas de la monumental *Civilisation matérielle, économie et capitalisme. XVème-XVIIIème siècle* (escrita entre 1953 y 1979), Paris, Armand Colin. Ver los ensayos compilados en el libro de Maurice Aymard et al., *Lire Braudel*, Paris, La Découverte, 1988, en particular los del M. Aymard, François Fourquet, Philippe Seiner y François Dosse.

²² Estas conferencias fueron publicadas en el libro de F. Braudel, *La dinamica del capitalismo*, Bologna, Il Mulino, 1981, p. 94 (la edición francesa fue publicada cuatro años mas tarde).

²³ R. Romano, *Cuestiones de historia económica latinoamericana*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1966, pp. vi-vii. Intenciones de investigación confirmadas por Romano en la introducción al primer número de la revista *Nova Americana* (1978), dirigida por él junto a Marcello Carmagnani, así como también en las contribuciones publicadas en los cinco números sucesivos de la revista (que, lamentablemente, dejó de publicarse en 1982). Para una evaluación de conjunto (al menos hasta el inicio de los años ‘90) de la importancia de los estudios americanistas de Romano en el ámbito de la “latinoamericanística” europea y americana, ver el ensayo de Marcello Carmagnani, “La America de Romano”, en AA.VV., *Ruggiero Romano aux pays de l’histoire et des sciences humaines*, cit., pp. 115-126. Remito además y especialmente a las intervenciones en ocasión de la *laurea honoris causa* en la Universidad de Camerino: Fernando Devoto “Las Américas en la obra de Ruggiero Romano”, Vanni Blengino, “Ruggiero Romano: me duole Italia”, Manuel Plana, “Problemi della storiografia iberoamericana contemporanea”, Antonio Annino, “Il lungo Seicento in Ispanoamerica” y Marco Bellingeri, “Ruggiero Romano e la storia economica: questioni di metodo”, en A. Filippi (ed.), *Ruggiero Romano, l’Italia, l’Europa, l’America*, cit.. En el mismo volumen aparece como anexo la “Guida alla bibliografia degli scritti editi di Ruggiero Romano (1947-1999)”, compilada por Filippi de la que existe una edición también en español publicada, en un volumen de homenaje a Romano organizado por Alejandro Tortolero junto a la Universidad Autónoma Metropolitana de México y otras instituciones, con el título *Construir la historia*, Toluca, Chimal Editores, 1998.

²⁴ Para comprender mejor la obra de Romano como historiador “latinoamericanista” y ubicarlo también en el contexto de la producción de otros autores, ver Horacio Cuccorese, *Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina del siglo XX*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1975; Héctor Tanzi, *Historiografía argentina contemporánea*, Caracas, Instituto Panamericano de Historia y Geografía, 1975; Tulio Halperín Donghi, “Situación de la historiografía latino-americana”, en *Revista de la Universidad Nacional* (Bogotá), nn. 17-18, mayo-agosto, 1988. En lo que se refiere a los temas del historiador argentino José Luis Romero (fallecido en 1977), también en relación con los de las investigaciones de Romano, de quien fue amigo, ver la introducción de Romano a J. L. Romero, *¿Quién es el burgués?*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Alexander Betancourt Mendieta, “Las ciudades y las ideas: interpretación de una sociedad nueva”, en *Cuadernos Americanos*, n. 77, septiembre-octubre, 1999.

²⁵ R. Romano, “Introduzione”, en Alfred Métraux, *op. cit.*, p. XXI.

²⁶ Curiosamente, el célebre modelo del largo plazo fue teorizado específicamente por Braudel en el ensayo “La longue durée”, publicado en el cuarto número de *Annales*, pp. 725-753, o sea, en el mismo período del inicio de la aventura intelectual americana de Romano.

²⁷ R. Romano, “Il centro e la periferia”, en Enrico Castelnuovo y Valerio Castronovo (eds.), *Europa 1700-1992*, Vol. I, *La disgregazione dell’ancien régime*, Milano, Electa, 1987, p. 488.

²⁸ R. Romano, *Ibidem*, p. 489.

²⁹ Citado de la edición italiana de Marsilio, R. Romano, *Opposte congiunture. La crisi del Seicento in Europa e in America*, Venezia,

1992, p. 158.

³⁰ Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* [1776], Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

³¹ Con esta observación (no solo) metodológica concluía Romano su artículo sobre la relación entre comercio (de oro y plata) y producción entre América y Europa, publicado en el *Archivio Storico Siciliano*, Serie IV, Vol. XIX, 1993, con el título “Oro e argento tra America ed Europa”.

³² R. Romano, “L’economía del Seicento tra crisi e mutamento”, en Valerio Castronovo (ed.), *Storia dell’economía mondiale*, Vol. II, *Dalle scoperte geografiche alla crescita degli scambi*, Roma-Bari, Laterza, 1997, p. 167. La especificidad de los aspectos hispanoamericanos del problema fueron sintetizados por Romano en el ensayo “Fundamentos del funcionamiento del sistema económico colonial”, en Heraclio Bonilla (ed.), *El sistema colonial en la América española*, Barcelona, Crítica, 1991.

³³ Para una visión global de las discusiones de aquellos años y de la relación entre concepciones ideológicas y prácticas político-institucionales en la América Ibérica (y, por oposición, sobre la importancia de la visión teórica y crítica de Romano) me permito recomendar el primer volumen de mi *Teoría e historia del “sottosviluppo” latinoamericano*, Napoli, Jovene, 1981.

³⁴ R. Romano, “Ernesto Guevara: la ‘teoría del foco’”, en *Belfagor*, a. LIV, n. 320, marzo de 1999, pp. 210-211.

³⁵ He desarrollado algunas de las hipótesis de Romano y las indicaciones de Gramsci y Mariátegui en el análisis de la relación entre utopía y mito en mi ensayo *Il mito del Che. Storia e ideología dell’utopia guevariana*, Torino, Einaudi, 2007.

³⁶ Me refiero, por citar autores por entonces muy conocidos, a algunos modelos teóricos del neomarxismo angloamericano o europeo de los años ‘60 (desarrollados en trabajos como los de Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capital. An essay on the American Economic and Social Order*, New York, Monthly Review Press, 1966; Samir Amin, *L’échange inégal et la loi de la valeur et le materialisme historique*, Paris, Éditions de Minuit, 1969) que se impusieron también en muchos ambientes latinoamericanos tanto como base teórica del análisis económico como del análisis histórico-político y de la consecuente acción “revolucionaria” que de allí se derivó.

³⁷ Como se recordará, Romano intervino analizando estas últimas en un artículo que sería famoso: “Sous-développement économique et sous-développement culturel à propos d’André Gunder Frank”, en *Cahiers Vilfredo Pareto. Revue Européenne d’histoire des Sciences Sociales*, Vol. 9, n. 24, 1971. El largo debate se había enriquecido, entre otras cosas, con el ensayo de A. Córdova y Héctor Silva Michelena, *Aspectos teóricos del subdesarrollo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1967; y con las contribuciones de Armando Córdova, “El capitalismo sottosviluppato di A. G. Frank” y de Ernesto Laclau, “Feudalismo e capitalismo in America Latina”, publicados también en el segundo volumen de A. Filippi, *Teoría e historia del ‘sottosviluppo’ latinoamericano*, cit., pp. 193-250. Podríamos decir que el extenso debate sobre la peculiaridad “feudal” o “capitalista” de la economía iberoamericana desde el siglo XVII al XIX fue iniciado por Mariátegui en los años veinte del siglo pasado y parcialmente retomado el clásico trabajo de Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada de América*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949.

³⁸ R. Romano, “Encore des illusions”, en *Cahiers Vilfredo Pareto. Re-*

vue Européenne d’histoire des Sciences Sociales, Vol. 21, n. 64, 1983, pp. 27-28.

³⁹ R. Romano y C. Vivanti, “Introducción” al primer tomo de los *Anali* de la *Storia d’Italia*, Torino, Einaudi, 1978, pp. XVIII-XIX. Encontramos conceptos similares sobre la tradición que le daba fundamento a la historia einaudiana [de Ruggiero y Vivanti] expresados en la “Presentazione dell’editore” al primer tomo de la *Storia d’Italia* de 1972. “La conciencia de que la investigación histórica es uno de los modos más eficaces de participación en la realidad presente ha siempre animado la acción de esta casa editorial, desde cuando, en 1935, Leon Ginzburg dio el primer impulso a aquella serie de obras que se planteó el ambicioso objetivo de contribuir enérgicamente a un renovado conocimiento de la historia italiana, fuera de los mitos, de los prejuicios, de orgullos nacionalistas, así como también el de encontrar en la meditación sobre el pasado un término de comparación capaz de dar fuerza y claridad a las luchas políticas renovadoras, que se planteaba como exigencia primordial a los italianos”.

⁴⁰ R. Romano, *La storiografía italiana oggi*, Roma, Espresso Strumenti, 1978, p. 67.

⁴¹ R. Romano, “El hambre de problemas”, en *Letterature d’America*, Vol. XVI, n. 64, 1996 [pero publicado en 1999], p. 44.

⁴² R. Romano, “Encore des illusions”, cit., pp. 19-20.

⁴³ R. Romano, *La storiografía italiana oggi*, cit., pp. 39-40.

⁴⁴ Recordamos resumidamente que la relación establecida entre los historiadores italianos y franceses con Marx (y con el marxismo) es distinta respecto a aquella que logró establecer Romano, quien se encontró en una posición, por así decir, doblemente privilegiada (en tanto que le fue posible realizar una síntesis completamente singular de Croce y Braudel). En realidad, como recordaba el mismo Romano, en Francia “no existía –a comienzos de siglo– una reflexión sobre Marx similar, digamos, a la que en aquellos años llevaron adelante en Italia Croce o Labriola. Pero, por el contrario, es cierto que es en Francia en estos mismos años cuando descubre la presencia de una historiografía ‘socialista’ (esta me parece la definición no diré más exacta, pero ciertamente la más aproximada), que con su apertura frente a situaciones y condiciones del ‘pueblo’ contribuía a reducir el rol del individuo para poner el acento sobre aspectos colectivos, de grupo; con la cual, naturalmente, se acercaba (pero solo se acercaba) a la que sería una de las temáticas dominantes en la obra de Fernand Braudel”. R. Romano, *Tra storici ed economisti*, cit., pp. 29-30.

⁴⁵ Romano hace referencia a la obra de March Bloch publicada en 1924 bajo el título *Les rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, Strasbourg et Paris, Librairie Istra, 1924.

⁴⁶ R. Romano, “Storia quantitativa, storia economica e storia: alcune considerazioni sulla storiografía francese di oggi”, en *Id.*, *Riflessioni sulla cultura storica del nostro tempo*, cit., pp. 98-99.

⁴⁷ A. Gramsci, “La rivoluzione contro il Capitale”, publicado el 5 de enero de 1918 en *Il grido del popolo*. El artículo (que había sido publicado también el 24 de noviembre de 1917 en la edición milanesa de *Avanti*) se encuentra ahora en las 2000 páginas de Gramsci, vol. I, *Nel tempo della lotta (1914-1926)*, editado por Giansiro Ferrata e Nicolò Gallo, Milano, Il Saggiatore, 1964, pp. 265-268.

⁴⁸ R. Romano, “Per una storia d’Italia”, Introducción al primer tomo de R. Romano (dir.), *Storia d’Italia Bompiani*, cit.